

¡Ah mar amargo!, de Óscar Castro García

*Consuelo Hernández**
American University

Cualquiera que haya leído otras novelas sobre el narcoterrorismo en Colombia, puede advertir que *¡Ah mar amargo!*¹ ofrece una experiencia diferente a las que han tenido más recepción en el exterior en torno al mismo tema. Me refiero a *La virgen de los sicarios* (Fernando Vallejo), *Rosario Tijeras* (Jorge Franco Ramos), *Noticia de un secuestro* (Gabriel García Márquez) y, aun, películas como *Rodrigo D. No futuro* o *La vendedora de rosas* (Víctor Gaviria). En contraste, *¡Ah mar amargo!* muestra, desde el punto de vista de un intelectual de clase media, un panorama múltiple y quizás por ello más completo, sin acudir a la violencia gráfica, ni abundar en escenas de sangre o en inventarios de muertos. La transparencia de esta novela se basa en una dosis controlada de realismo y una cierta neutralidad para tratar las situaciones extremas con inteligencia, respeto y mucha sensibilidad. Ese es el aire que circula por la novela.

Óscar Castro García, además de varias colecciones de cuentos y numerosos trabajos de crítica literaria, es también autor de *Un día en tramontana* (1999), colección de relatos ubicados en la ciudad de Medellín, y de *Necrónicas y oración* (1999), una novela sobre la actividad de las bandas de delincuentes.

Desde las últimas décadas del siglo XX la resonancia internacional de Colombia se dio no por sus virtudes, lamentablemente, sino por los flagelos que sufre la mayoría de la población: el narcotráfico, la narcoguerrilla, el paramilitarismo, la delincuencia. Todo en medio de un sistema que parece perpetuar las desigualdades. En el exterior creció la imagen del país como la de una factoría de sueños oscuros, contaminada de corrupción y violencia en todos sus estamentos. Óscar Castro García ha volcado su talento extraordinario para crear una obra compleja, donde las múltiples historias humanas se conjugan con la realidad social del país que deja a la vista víctimas y victimarios, sin

* Profesora del Department of Language and Foreign Studies, American University, Washington, DC, 20016; chernandez105@hotmail.com.

1 Medellín: Autores Antioqueños, 1997.

extrapolalizaciones, haciendo el mejor intento por mostrar cómo estas situaciones límite afectan a los que no están involucrados.

Una frase, leitmotiv, sirve de pauta para resumir el inmenso dolor que *¡Ah mar amargo!* presenta: “Las lágrimas no alcanzarán a borrar la sangre que salpica ya las paredes de esta ciudad” (69). El verdadero drama que permea toda la novela, y de allí su título, es el del narcoterrorismo que vive la ciudad de Medellín. Un ambiente de locura y de miedo. Voladura de las torres de energía, edificios, puentes, bancos, casas, carros, bares, hoteles, plazas de toros, calles, hasta las estatuas son bombardeadas. Todos escuchan las noticias esperando la muerte o las heridas de un pariente, de un amigo, de un compañero de trabajo, o de un conocido. La familia se desintegra sin la presencia de un padre fuerte y responsable y con madres que propician relaciones demasiado conflictivas con los hijos varones, viviendo en medio de privaciones económicas y sin oportunidades de superación. A la madre se le ama ciega e incondicionalmente. Éste es el mensaje que transmiten refranes y proverbios de la cultura popular: “madre no hay sino una”, “padre puede ser cualquiera”. Todo esto constituye, en el contexto de la obra, las causas de la autodestrucción de los jóvenes.

Por otra parte, la canalización equivocada del impulso sexual y amoroso se vuelve guerra y violencia, la crisis de valores lleva a los jóvenes a la droga, al sicariato, al crimen y, finalmente, a la muerte. Ubicada entre 1988 y 1994, cuando se enfrentaron los carteles colombianos de la droga, tiene como personaje central, no a uno de los capos del cartel, sino a Federico, un intelectual de clase media, ciudadano, con una identidad sexual ambigua, quien tiene que huir de su ciudad en la mitad de la obra, después de perder a sus amigos y vivir el encierro, los boleteos, la persecución, el clima de desconfianza y la amenaza de muerte. Camilo, el segundo personaje en importancia, un muchacho que Federico recoge y trata de educar, también huye con él. Al final sólo quedan las reflexiones y los recuerdos que dejan ver la desesperanzada vida de jóvenes en Medellín. Y también la impotencia ante las circunstancias que ha permeado todos los estamentos: en los liceos hay huelgas, en el centro de la ciudad manifestaciones, allanamientos en las casas. Como consecuencia se subvierte la enseñanza machista de tantos siglos, y “los hombres lloran” y cada uno sueña con la posibilidad de tener un policía propio, como único medio para evadir la intemperie.

Éste es el ambiente y la atmósfera donde se mueven los personajes que, como en *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo, se distinguen por su compleja sexualidad. Con relaciones casuales, homosexuales o el machismo

exacerbado y el matriarcado incestuoso. La novela abre con una carta de Javier a Federico, a quien éste asedia sexualmente. La relación padre adoptivo-hijo entre Federico y Camilo también se distorsiona y toma un giro incestuoso, y con las mujeres se establece un vínculo de complicidad o de mero sexo casual.

¡Ah mar amargo! también trasciende el drama nacional y abarca en sus contextos espacios más remotos donde, simultáneamente, la violencia provoca terror: la guerra del Golfo Pérsico, la guerra en el Medio Oriente, Jerusalén o Tel Aviv, Kuwait, Irak, Sarajevo, Bosnia, Herzegovina o Chiapas. Todos esos lugares que diariamente enfrentan el terror son por analogía Medellín. Federico sabe que allá, igual que aquí, cada día se vive: “el sonido, la explosión, la nube de humo, las sirenas...” (56). E irónicamente, allá como aquí, Dios está de parte de ambos bandos. Las acciones, desde el punto de vista narrativo, son éstas: Federico, protagonista, viaja a Santa Marta invitado por Javier a un apartamento donde llegan otras personas de Medellín. Una noche durante una parranda y estando borracho tiene una escena homosexual en dicho apartamento y Javier se ofende. Federico tiene que irse y, después de vagar por las calles, conoce en un bar a Zulema, una trabajadora sexual que lo invita a su casa. Allí tienen relaciones frente a Camilo, hijo de ella. Zulema es simultáneamente la amante de Brownie, un “gringo”, padre de Camilo, su único hijo. Después de que Zulema cobra por sus servicios, le pide a Federico que se vaya de la casa. Éste se va con Camilo, quien le ruega que se lo lleve con él a Medellín. Aquí amenazan de muerte a Federico por un *grafiti* del cual es autor: “Las lágrimas no alcanzarán a borrar la sangre que salpica ya las paredes de esta ciudad” (69). Entonces huyen los dos a Santa Marta de nuevo. Una vez allí, Camilo abandona a Federico, quien al final se encuentra solo reflexionando en su amargo mar de soledad y desesperanza. Resumida así, la historia parece demasiado simple. Es el riesgo que se corre toda vez que tratamos de sintetizar un libro. Al reseñar recortamos, reducimos y nos apartamos de la complejidad del texto. Por eso recomendamos la lectura de la novela en su totalidad.

La obra empieza *in medias res*, poblada de retrospectivas y adelantos en las acciones; su estructura no es lineal. El orden cronológico también se rompe intercalando seis cartas que escriben Javier, Camilo, Zulema y María Encarnación. Estas cartas sirven como evento premonitorio o anticipativo de lo que pasará en los capítulos. Por otra parte, aunque Federico es narrador protagonista y el único que da unidad al relato, tiene múltiples narradores que van surgiendo a lo largo de la historia, a los cuales se les otorga voz y se les concede papel protagónico en determinados momentos.

El espacio de la novela —Medellín y Santa Marta— se aprovecha muy bien para mostrar al lector una Colombia pluricultural. Aquí se ven dos culturas y dos regiones: la andina paisa y la costeña. Castro García caracteriza dos zonas geográficas, sin hablarnos de geografía. Y contrasta las culturas, mostrando los chocantes estereotipos y generalizaciones existentes en la mente colectiva que no se toma la molestia de analizar y cuestionar esos conceptos preconcebidos y, en muchos casos, obsoletos. Veamos algunos: para la comunidad antioqueña, la comida es muy importante y para los hombres, especialmente, tiene igual importancia el aguardiente, la cerveza y el ron. Mientras que en la costa son importantes la fiesta, la música y el sol. Los antioqueños son percibidos por los costeños como moralistas, aparentemente sanos y cumplidores del deber, rezan el rosario, comulgan en semana santa, y se casan por la iglesia para darle gusto a la mamá. Los habitantes de la costa se conceden más libertades sexuales, mientras que los antioqueños son más conservadores. De ello deriva que los antioqueños tengan una familia unida y anden en clanes familiares, mientras que los costeños no tienen estructura familiar y siempre hay dudas sobre quién es el padre. Los antioqueños son ricos, los costeños pobres y viven de la pesca, de la venta ambulante de frutas y refrescos y habitan en casas de inquilinato. El ambiente costeño lo permea la música de vallenatos, el baile, los gritos y el erotismo. Mientras que en el paisa el erotismo mal canalizado desemboca en agresividad y violencia. En la costa se tutea, en Medellín se trata de vos o de usted. Así pone de manifiesto la rivalidad entre las regiones. Pero insisto en que, si bien la obra acierta al mostrar esta realidad, la mayoría de estas afirmaciones que con frecuencia se escuchan son estereotipos (algunos vienen desde la Colonia), y por ello hay que analizarlos para evitar la falsedad de toda generalización.

Los personajes no son extremos y están bien desarrollados y tratados con delicadeza: Federico, en cuya vida pasan cosas, está perseguido, pero no es un revolucionario convincente; es un hombre de clase media que busca pequeñas aventuras. Se quiere diferenciar de los turistas que van a la costa y de otros antioqueños. En alguna medida lo logra porque está más informado, va a conciertos, gusta de la música clásica, lee y posee una sensibilidad fina poco común en los hombres paisas. En cambio, Javier quiere fama y dinero, le gusta intrigar y no le importan los medios con tal de conseguir sus fines. Él proviene de una familia desintegrada; su madre abandonada le exige siempre no repetir a su padre, más bien, competir y sobrepasarlo y, por supuesto, depender de ella, cuya palabra es sagrada. El gringo, Mr. Brownie, de origen oscuro y complicado, reside en Colombia, al cual llama “país de mierda”. Quizás, símbolo de la

superpotencia, pues “pretende entender a todo el mundo, conoce a cada subalterno, sabe donde hay conflictos y la manera de solucionarlos, puede afrontar dos o tres problemas en diferentes lugares de la Compañía” (25). El Sardino, quien recuerda *El pelaíto que no duró nada* (de Víctor Gaviria), es uno de los adolescentes asesinados en la guerra de las bandas; es el símbolo de todos los jovencitos que han muerto sin que nunca se sepa por qué.

La atmósfera de terror que invade todos los espacios y circunstancias se aprovecha para sacar ventajas, extorsionar, lograr licencias, vacaciones, etc. En un caos donde no se sabe qué es mentira y qué es verdad, se habla de fumigaciones, limpieza, matanzas masivas, “sálvese quien pueda”. En este panorama tan triste y violento, la mujer es la única que permanece solidaria e intenta, sin lograrlo, mantener algún orden en la familia. Y aunque en ese mundo todavía machista se mantiene en una condición de desigualdad, sí se puede ver que cuando los hombres caen en desgracia son las mujeres (novias, madres, hermanas), quienes acuden a enterrarlos, a visitarlos en cárceles, hospitales y hasta arriesgan su vida haciéndose cómplices.

Por último, habría que mencionar la riqueza de contextos literarios y artísticos que sirven de recurso en la novela: la guerra de los mayas en *El Popol Vuh*; poetas como Wilde, de Greiff, Silva, Valencia y García Lorca, a quien el narrador menciona como otro “desechable”, esta vez en la Guerra Civil Española. También la Biblia, los periódicos y músicos como Beethoven, forman parte de los ricos contextos culturales de la obra.

Finalmente, hay que decir que cada una de las acciones tiene su raíz y origen en la historia del país, y de allí la virtud de un libro factual/ficcional. Es un intento muy válido de brindar un amplio panorama de los móviles, consecuencias y efectos sociales que sufren los que enfrentan esa diaria realidad. A pesar de que *¡Ah mar amargo!* fue publicada hace cuatro años, en estos momentos desafortunados de terror vigente, creo que esta nota llega a tiempo.